

NUESTROS COLABORADORES

Alfonso Cravioto
Efrén Rebolledo
Pedro Henríquez Ureña
Rafael Cabrera
Antonio Caso
Condesa de Pardo Bazán
Enrique José Varona
Andrés González Blanco
Julio Cejador y Frauca
José García Monge
Luis González Obregón
Manuel M. Ponce
Francisco González Guerrero
Jorge Enciso
Saturnino Herrán
Antonio Cortés
Carlos González Peña
Manuel Tousaint
Antonio Castro Leal
Carlos Pellicer

CULTURA

SELECCION
DE BUENOS
AUTORES ?

ANTIGVOS
Y
MODERNOS

DIRECTORES
AGUSTÍN LOERA Y CHAVEZ
JULIO TORRI

ENRIQUE JOSE VARONA

ESCRITOS



PRÓLOGO DE
ANTONIO CASO

TOMO II MEXICO NUM 5

CULTURA

SELECCION
DE BUENOS
AVTORES E
MODERNOS

DIRECTOR
AGUSTIN LORCA Y GRAVET

JULIO TORRES

ENRIQUE JOSÉ VARONA

ESCRITOS

Enero 15 de 1917.

«IMPRENTA VICTORIA» .4ª VICTORIA 92.

PRELIMINAR.

“En otros tiempos lo difícil era dar con un libro; hoy lo difícil es verse uno libre de los libros. Quiero decir de los libros mediocres, de los libros insustanciales. Ha sido necesario alzar postes indicadores y regimenter brigadas de salvamento. Los postes, como en las playas de baños, dicen con letras gruesas: *peligro*. Entiéndase: *peligro de hipnotizarse o de idiotizarse*. Las brigadas están compuestas de la utilísima clase de los críticos literarios, destinada a paladear los alimentos mentales para declarar si son alibles, y a veces hasta peptonizarlos, para facilitar la digestión.”

Las palabras anteriores son de don Enrique José Varona, el autor de los artículos de esta selección, un pensador literario, ensayis-

ta ingenioso, político también y gobernante, que lleva al desempeño de su cometido social el criterio de ponderación y claridad del hombre que medita. Don Enrique José Varona es, sobre todo, un moralista dispuesto a discutir siempre sus contactos con la injusticia.

Los prólogos y preliminares significan actos de cortesía, presentaciones por escrito, al frente de los libros. Mi buena fortuna me ha puesto en el caso de decir a los lectores mexicanos quién es el amable psicólogo cubano. Desearía yo poseer la exquisita y tradicional urbanidad de los escritores franceses para redactar unas líneas breves y perfectas en las que, como en los prólogos de libros escritos por individuos de esa nación, cupieran el mejor elogio de la labor de Varona y el incentivo discreto que artísticamente insinúa la lectura de lo que después de los prólogos consta. Pero no soy francés, sino hispano-americano, y quizás esto valga más para apreciar, si no con discreción absoluta, al menos con predilección, el esfuerzo intelectual del escritor antillano.

No os haré su biografía, que ignoro, ni

clasificaré su pensamiento psicológico en alguna de las divisiones o subdivisiones del cuadro abstracto de los sistemas contemporáneos, ni dispondré sus ideas metódicamente y en compendio de económica percepción sintética. No. Quede para diversa oportunidad tal labor. "En otros tiempos lo difícil era dar con un libro.....;" sí, y en éstos lo mismo; mas, he aquí uno gallardo y sutil; libro de meditación sobre la vida, de acentuación perspicaz de la vida.

El moralista es, puntualmente, un observador imparcial de la existencia, no un impertinente consejero. Lo difícil es fundar la moral, decía Schopenhauer, predicarla es sencillo. Verdad; pero vivirla es todavía más difícil que fundarla; y los moralistas como Varona ayudan a vivirla, porque descubren—y esto me parece ser el mayor elogio que puede tributárseles,—que el mal no sólo es malo, sino estúpido y feo, y nos apartan instintivamente de su comercio.

La vida moral del hombre es la suprema obra de arte. Varona lo sabe y nos impele a su realización empleando en contra de los ma-

los aquel instante de fina y fácil ironía que tuvo Sócrates para oponerlo a los disputadores que corrompían a Atenas.

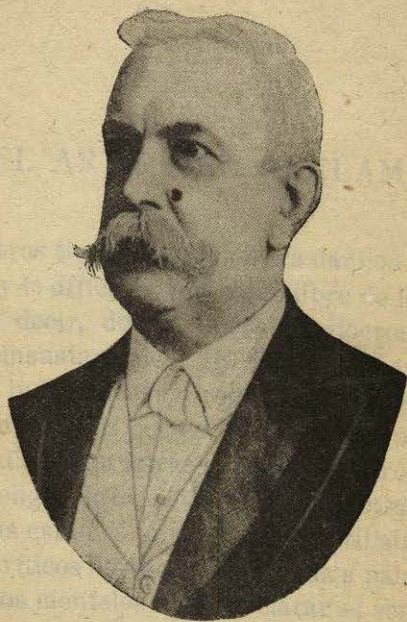
Como verdadero y castizo moralista, parte de sí mismo, dibuja la propia espiral de sus transformaciones mentales y, en razón de que todo cuanto se sabe bien de la propia persona es conocimiento indirecto del alma humana, logra conocer a los demás por intuición de diestro jugador intelectual, por fina carambola filosófica; sobre todo cuando pone en el estudio de su individualidad el titubeo y el aliento combinados del investigador desinteresado, al perfilar, por ejemplo, la silueta enjuta y antipática del Padre Juanín. Varona, en estos artículos, es un especialista en especialidades psicológicas, a diferencia del filósofo que definió ambiciosamente su ciencia como especialidad en generalidades. Por eso es tan interesante y oportuno. Así procedió siempre aquel humanísimo escéptico Michel de Montaigne, autor de un libro de incalculable trascendencia.

Además, es un gentleman, su asidua lectura de libros ingleses, su cultura matiza-

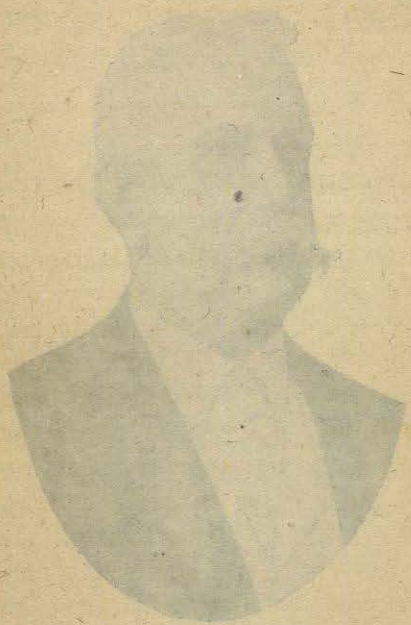
da, diversa, ondulante, lo lleva a darnos sin amargura, trágica, pero con sincera emoción, su repugnancia hacia el mal y la estulticia, pero nos la ofrece sin gesticular demasiado, sin aspavientos ni contorsiones inaceptables, como un gentleman.

Leed sus breves notas efímeras. El autor jamás declama. Su estilo debería "prescribirse" a los nerviosos escritores latino americanos, que no han logrado, sino por excepción, el secreto de la prosa genuina, de la prosa europea; su sonrisa, como la de Voltaire, llega a veces hasta la risa, pero como dijo Hugo de la del autor de Cándido, la tristeza filosófica logra templarla. Me parece un pensamiento exacto el de incluir a Varona en el número de escritores americanos que populariza "Cultura".

ANTONIO CASO.



ENRIQUE JOSE VARONA.



ENRIQUE JOSÉ VAHONA

EL ARTE DEL RECLAMO¹

EN otros tiempos lo difícil era dar con un libro; hoy lo difícil es verse uno libre de los libros. Quiero decir, de los libros mediocres, de los libros insustanciales. Ha sido necesario alzar postes indicadores y regimentar brigadas de salvamento. Los postes, como en las playas de baños, dicen con letras gruesas: peligro. Entiéndase: peligro de hipnotizarse o de idiotizarse. Las brigadas están compuestas de la utilísima clase de los críticos literarios, destinada a paladear los alimentos mentales, para declarar si son alibles, y a veces hasta a peptonizarlos, para facilitar su digestión.

Por desgracia, los editores necesitan dar salida a su mercancía, y han contraminado esas obras de defensa. También levantan sus postes con letreros mentirosos, y alistan sus regimien-

¹ La presente selección fué hecha galantemente por el mismo autor. N. de los Directores.

tos de críticos de manga ancha, que expiden certificados de excelencia y hasta de sublimidad a cualquier chapucería. Porque lo que ellos dicen, encarándose para sus adentros con el lector: ¿Quién te manda ser tonto, y no catar y calar por tí mismo lo que vas a consumir? La más ingeniosa forma que revisten esos artificios de los editores es el reclamo de librería. Dije forma, cuando debiera haber dicho formas, envolviendo en ese plural el máximo de pluralidad. Las formas del reclamo se van haciendo infinitas. Anuncios, circulares, artículos, polémicas, noticias de prohibiciones y persecuciones, pasquines, caricaturas....

El reclamo ha llegado a gastar tanta agudeza e inventiva, como podría necesitarse para producir obras excelentes. Algunos contienen rasgos que casi, casi son de genio. Acabo de leer una circular de cierta librería francesa, donde he encontrado una verdadera perla negra. No he visto nada más exquisito, para ver de atrapar al lector cándido e inocentemente vanidoso. Es un modelo, y, como tal merece citarse.

Anuncia una novela reciente, y después de trasladar varios párrafos de críticas, algunas benévolas, casi todas desfavorables, añade en el tono más persuasivo:

“No dudamos que estos elogios y estas críticas despertarán en usted, señor, el deseo de conocer este libro. No ha sido escrito para la turba, sino

para los escogidos (élite); y, por consiguiente, tiene carta de ciudadanía (*droit de cité*) en su biblioteca de usted. Si es verdad que en el siglo pasado “dos o tres personas en todo el reino decidían de la suerte de las obras literarias,” “la situación no ha cambiado mucho desde entonces.”

¿Cómo resistir a la tentación de reconocernos, en nuestro fuero interno, como uno de esos dos o tres jueces supremos del buen gusto? O por lo menos de probar que pertenecemos a esos pocos, a esos felices pocos, *happy few*, para quienes fué escrito el admirable libro?

Otra manera, que fué original, de aporrear el gong del reclamo, en loor hasta de autores que para nada necesitan tanto ruido, ha sido el de los retratos en trajes exóticos. Hemos tenido a Pierre Loti en traje de pescador islándico, de japonés, y ahora anda por el mundo su *vera effigies* trasmutada nada menos que en Osiris. Al venerable Tolstoi lo hemos visto reiteradas veces descalzo de pié y pierna y con blusa de mujik, ya arando, ya sembrando. Nos faltaba verlo pescando, y el famoso pintor Bounin no ha querido privar de ese regalo a la posteridad. En una gran tela, que se exhibe actualmente en San Petersburgo, aparece el insigne novelista retirando del agua una espaciosa red.

Por cierto que a su derecha, recogiendo el pescado que aletea entre las mallas, se muestra, muy bien calzado de amplias botas, Máximo Gor-

ki, el aplaudido jefe de la nueva escuela de noveladores rusos.

Como vivimos en tiempos de simbolismo, esta pintura me ha dado en qué pensar. Veo a Tolstoi, chapoteando en el agua, desnudas las piernas y con las mangas de la blusa remangadas sobre el codo, tirando con la diestra de la red y con la izquierda vacía. Y junto a él veo a Gorki, bien abrigado, apuesto, con la presa en la mano. ¿Ha querido el artista darnos meramente los retratos de dos autores célebres, continuador el uno y en más de un concepto opositor del otro; ha tratado de simbolizar un profundo contraste entre la tendencia y la manera de ambos; o ha procurado contribuir a la gloria del epígono con un hábil reclamo?

Quede la resolución de este profundo problema a los futuros historiadores de la literatura rusa.

En cuanto a mí, la vista de los dos famosos escritores, tan cerca el uno del otro, lo que me ha sugerido es el recuerdo de la última obra de Gorki y la comprobación de su aparente parecido con otra de Tolstoi. Me refiero a una pieza dramática, representada no ha mucho en Moscow, con el título de *En lo más hondo*, que comienza ya a circular traducida a los idiomas occidentales. La obra no deja de recordar la terrible tragedia de Tolstoi, *El poder de las tinieblas*, y en

la misma Rusia se la ha llamado imitación de ésta. Es mirar muy por encima.

Ambas son dos fotografías de las clases inferiores del pueblo ruso; pero no tienen de común sino el ser fotografías. Gorki ha paseado su kodak por capas todavía más bajas que Tolstoi, por ese último fondo a donde van todos los residuos de la descomposición del cuerpo social; y como su ilustre predecesor deja una visión de espanto en la retina del lector. Pero no intenta más, ni logra más. Ningún soplo de humanidad crea esas dolorosas escenas. El drama de Tolstoi está todo penetrado de humanidad. Estas obras, al parecer semejantes, están en los polos opuestos de la concepción del arte.

Volviendo al principio, quizás preguntará el lector si tiene algo que ver una obra dramática de Gorki con el arte del reclamo. Tiene que ver; porque según un emigrado ruso, muy conocedor de su país y de su literatura, Gorki y sus discípulos son maestros en ese arte. Aquí está el hilo que me llevó del reclamo al cuadro de Bounin, y de éste a los dramas de Gorki y Tolstoi.

Sentiré que parezca un hilo demasiado frágil.

EL AMOR TARDÍO.

DOS autores cubanos, dos jóvenes autores, han escrito hace poco una obra dramática sobre un tema muy viejo, en la vida y en la ficción.

Han estudiado y presentado un caso de lo que ellos llaman, con mucho tino, el amor tardío. Este me parece una de las dos variantes que puede ofrecer la pasión erótica, cuando se extiende más allá de sus naturales límites. Porque puede ser un primer fruto retrasado o la continuación excesiva de una fructificación prolongada.

Desde luego esta segunda forma es la más corriente, sin que por eso deje de ser eminentemente dramática.

En la estupenda producción novelesca del pasado siglo, y precisamente en su primer gran período, dos de sus más insignes representantes, Thackeray y Balzac, han dibujado con mano singularmente firme dos figuras características de ese estado afectivo. Lord Steyne, en *Vanity Fair*, y el barón Hulot, en *La Cousine Bette*, cada uno

en su cuadro propio, tal como lo ofrecían entonces dos sociedades tan diversas, y como podían reproducirlos dos visiones tan distintas de la vida circunstante, son croquis reveladores de una terrible dolencia humana.

En nuestros días otros dos grandes maestros en el mundo de la fábula, dentro del cuadro mucho más restringido del teatro moderno, han presentado otros tipos diversos, mejor acomodados a estos tiempos. Lavedan ha evocado la figura del don Juan actual, pero no como el legendario, ni como aparece en la inmortal caricatura de Byron, en el fervor desvariado de la mocedad, sino en edad provectora. Al iniciarse la trama de la comedia a que da nombre, el marqués de Priola introduce en la escena, y en la vida social a un hijo, mancebo ya formado. Porto-Riche ha diseccionado el alma de un antiguo *homme á femmes*, rival afortunado, sin darse cuenta, de su propio hijo; hombre que se cree domeñado por la vida del trabajo, y que una ocasión se precipita en el viejo cauce, que esa vez acarrea sangre. Precisamente el interés palpitante de *Le vieil homme* se desprende del contraste, al cabo trágico, entre la fatuidad del profesional machucho y el desvarío candoroso del adolescente.

Pero el caso excepcional, aunque no por eso menos dentro de la realidad, es el que nos pintan con tino singular los autores cubanos.

En las viejas civilizaciones no aparece como